

Texto: LOS IBEROS

Destinatario: Portalmundos.com

Autor: Santiago Algora

Hablar de los iberos no es hacerlo de un conjunto de personas que conforman una comunidad unitaria, como puede entenderse si se habla de los griegos, o de los fenicios, o de los romanos.

Los iberos eran un conjunto de pueblos de nombres y características diversas cuyo nexo común no era otro sino el de habitar en la tierra que los griegos llamaron Iberia y que corresponde con lo que hoy es la península ibérica, es decir, España y Portugal. Para los griegos lo ibero era lo periférico, lo remoto y alejado de sus dominios.

La cultura ibera se desarrolla en la península ibérica a partir del siglo VII aC y nos conducirá directamente hasta la civilización romana ya que es en torno al año 50 aC cuando se puede decir que lo ibero decae y cede ante el pujante proceso romanizador.

Los iberos, también a diferencia de otros pueblos, no llegan a la península ibérica en un proceso colonizador o buscando nuevas vías comerciales y de desarrollo. Los iberos ya estaban en la península ibérica. Son los mismos pueblos que la habitaban durante la Edad del Bronce y que continúan haciéndolo en la Edad del Hierro y que, poco a poco, reciben influencias externas que les hacen abrirse hacia nuevas relaciones sociales, políticas y culturales. El propio Estrabón se refiere a los iberos, entre otros, cuando se lamenta de lo difícil que resulta precisar a la hora de hablar de los pueblos de la península ibérica, entre otras razones, debido al pequeño tamaño de las unidades en las que se dividían.

Los iberos habitan en toda la costa Mediterránea española, en el norte del río Ebro (río Iber/Iberus), en las actuales Andalucía y Extremadura... Túrdulos y turdetanos en el valle del Guadalquivir; bastetanos, oretanos, mastienos y editanos desde Cádiz al sur de la Comunidad Valenciana; contestanos y edetanos en el Levante interior y norte de Castellón; sedetanos, ilercavones, ilergetes, suesetanos, layetanos, lacetanos, ausetanos, costeanos y bargusios a lo largo y ancho de la Cataluña interior y costera; arenosios, andosinos, castelanos, cerretanos, olositanos, jacetanos e indigetes en el norte de Cataluña y en las proximidades de los Pirineos... A este conjunto de pueblos todavía habría que añadir la presencia de sordones en el Rosellón francés y de comunidades celtíberas en la Meseta española.

Esta múltiple presencia de comunidades se atestigua con una serie de yacimientos arqueológicos extendidos por todo el país en los que se ofrecen datos interesantes sobre las comunidades iberas. Piezas artísticas como las conocidas Damas de Baza y Elche, restos de poblamientos como el de Azaila (Teruel), los de Tivissa y Ullastrest en Tarragona o el del Cerro de los Santos en Albacete nos hablan de una sociedad guerrera, que habita en asentamientos especializados y casi siempre en zonas defensivas y con fuertes murallas protectoras.

Destinan zonas específicas al culto creando santuarios oficiales que no siempre se diferencian extraordinariamente del resto de las edificaciones domésticas. Practican una religión basada en la creencia y adoración a dioses y diosas que pueden adoptar formas humanas, animales e incluso vegetales. Sus cultos se asemejan a los practicados en otras zonas del Mediterráneo, venerando de forma especial al lobo y manifestando un profundo respeto por las fuerzas de la naturaleza. Solían sacrificar animales en sus ritos y usaban vasos sagrados destinados a sus cultos.

Entre los aspectos propios de los cultos iberos siempre se ha destacado que estas gentes incineraban a sus muertos, manteniendo durante años que fueron los primeros en realizar esta práctica funeraria. Hoy ya se sabe que no, que antes que los iberos otras comunidades ya practicaban la incineración. Los iberos lo que hacían era depositar las cenizas en urnas que enterraban en el suelo, rodeando la tumba de ajuares de la persona fallecida, siguiendo las pautas de otros ritos funerarios en los que no tenía por qué practicarse la incineración.

Las comunidades iberas se mantienen a base de una diversidad de actividades económicas que van desde la agricultura y la ganadería, a la pesca pasando por la artesanía, la manufactura textil, la manufactura con hilo férreo, la acuñación de moneda, etcétera. Normalmente, dependiendo de la actividad realizada, los restos de los poblados iberos nos informan de comunidades especializadas en dicha actividad.

La ibera fue una sociedad guerrera. De hecho eran las aristocracias guerreras las que lideraban la sociedad. Esta preeminencia de lo militar hizo que estas sociedades desarrollasen técnicas y equipamientos militares y que, además, se especializaran en la fabricación de todo tipo de armamento. Son conocidas, por sus especiales formas y tamaños las falcatas, espadas de hojas curvas y con estrías longitudinales de mango corto y punta muy aguda. Pero además, estas gentes eran especialistas en la fabricación de grandes escudos, largas espadas, cascos, etcétera. Utilizaban el caballo para explorar el terreno, y no tanto como compañero de batallas, entre otras cosas, debido a que el tipo de caballos de los que disponían eran de tamaño mediano.

Su habilidad y potencial guerrero hizo que las comunidades iberas fueran “contratadas” como mercenarias en apoyo de las grandes potencias del momento. Esto es lo que ocurrió, por ejemplo, durante las Guerras Púnicas, en torno al siglo III antes de Cristo, para las que Roma utilizó como mercenarios importantes contingentes de soldados iberos.

Pero antes de Roma, hasta la península ibérica llegaron otros pueblos poderosos con los que los iberos aprendieron a convivir y con los que mantuvieron notables relaciones, especialmente, de carácter comercial y cultural. Todos los pueblos ibéricos se vieron afectados por lo que autores como John S. Richardson llaman el “impacto de los dos grandes movimientos colonizadores” que tuvieron lugar entre los siglos IX y VI antes de Cristo, el de los fenicios y el de los griegos. Al parecer, la cultura ibérica es la respuesta de los pueblos ibéricos a la presencia de estos pujantes colonos.